

## DON JUAN MANUEL, EN LA MEMORIA VIVA \*

**H**AY motivos para que don Juan Manuel sea figura de largas, inacabables, meditaciones: político lleno de claroscuros, narador que tiñe de subjetividad todo su quehacer, incluídas obras que pensaríamos de frío didactismo, artista dueño del instrumento que acierta a moldear. No extraña que desde los días de Argote de Molina (1) su presencia sea insoslayable en la historia literaria, como desde antes lo fue en la política, y bastaría evocar al Padre Mariana para que no necesitáramos de otra justificación (2). Por eso no resulta sorprendente que, al filo de tan heterogéneas calidades, dispongamos de una bibliografía, cuyo valor corre parejo del interés que suscitó (3), y de una colección de estudios notablemente ilustradora (4). Y así, al llegar al año 1982, nos encontramos con una conmemoración que no ha tenido el eco "oficial" que debiera, y sólo la Universidad de Murcia —por razones de diligencia y amor— haya estado a la altura de lo que debiéramos esperar. Porque aquí nos reúne la sombra dilatada de aquel hom-

---

(\*) *Comentarios a Don Juan Manuel, VII Centenario*. Universidad de Murcia. Academia Alfonso X el Sabio. Murcia. 1982 [400 páginas].

(1) Editó el *Conde Lucanor* en Sevilla. 1575. Pero la obra no fue "descubierta" entonces por más que en ese momento comenzara su afortunado caminar por el mundo moderno.

(2) *Historia general de España*, edit. Benito Monfort. Valencia, 1790. t. VI. p. 74.

(3) DANIEL DEVOTO, *Introducción al estudio de don Juan Manuel y en particular de "El Conde Lucanor"*, Madrid, 1972. El autor somete a crítica a su obra y a las reseñas ajenas en las páginas 63-73 de la compilación que comentó: *La introducción al estudio de don Juan Manuel diez años después*.

(4) *Juan Manuel Studies*, edit. Ian Macpherson, Londres, 1977.



bre que quería más el honor que la vida; que luchó sin descanso por acrecentar el honor y las honores (5) y que creía en una vida inmortal, sí, pero también en otra duradera en la memoria de los hombres (6):

E pues viziosos et lazdrados, todos avemos a morir, non me semeja que sería bueno si por viçio nin por la folgura dexáramos de fazer en guisa que depués que nós murieremos, que nunca muera la buena fama de los nuestros fechos.

Y en ese mismo ejemplo XVI del *Conde Lucanor*, tan emocionadamente subjetivo, y hasta autobiográfico, llegará al aforismo: "Murió el omne, mas non murió el su nombre".

Tal es el sentido de este libro, hermoso libro, con que la Universidad de Murcia nos está regalando: perpetuar al varón que tanto se batió y se debatió por estas tierras en cuanto tuvo de contingencia en la vida y el recuerdo de los hombres, y en cuanto tiene de eternidad en la memoria infinita de Dios. Porque si su paso por el mundo dejó tantas huellas como los investigadores han ido descubriendo, cuántas no habrá dejado hasta su purificación definitiva, para salvarse del olvido sin fronteras del que habla el profeta Isaías. Este libro, en su diversidad, en su dispersión, en su variopinta condición resulta un libro hermoso y apasionante. Porque lo he dicho con una forma moderna y con otra medieval: don Juan Manuel luchó por el honor, que es tanto como luchar por la dignidad que justifica el que el hombre merezca el regalo de su existencia, pues lo ayuda a trascenderse; y luchó por la honra, que es tanto como luchar por el decoro terreno. Lo difícil es saber encontrar el deslinde de lo humano y lo divino, y don Juan Manuel no supo dar con él, o, al menos, no supo encontrarlo sin marrar muchas veces en las fronteras, y confundió los medios que tenía a su alcance, con lo que el honor vino a confundirse con la honra o, dicho lisa y llanamente, creyó que la honra era un problema de bienes materiales y, al revés, que la riqueza era el camino por el que se lograba la salvación. Este entreverar los medios con los fines es lo que setecientos años más tarde

---

(5) "Otro sí de la vuestra heredad podedes mantener çerca de mill caualleros, sin bien fecho del rey, e poder yr del reyno de Navarra fasta el reyno de Granada, que cada noche posedes en Villa çercada o en castiellos de los que yo he" (*Libro Infinito*, edic. Blecua, Granada, 1952, páginas 36-37).

(6) Por eso se preocupó tanto por la buena transmisión de sus manuscritos. Los textos del *Conde Lucanor* que aduzco están en las páginas 113-114 de la edición de Blecua (Madrid, 1975).



apasiona en esta sombra tan cumplida: su humanidad, su demasiada humanidad. Y es que nuestra propia vida de hoy se asemeja, tanto, a las desazones y turbulencias del siglo XIV: porque no hemos de creer que toda la culpa o toda la gracia sea pecado o virtud de un solo hombre, sino que todos nos condenamos o nos salvamos con los hombres que viven a nuestro lado, que entre todos hacemos también las singladuras —buenas o malas— que bojan antes de alcanzar las playas donde habitan los feacios. Y don Juan Manuel, no lo olvidemos, vivió en el siglo XIV cuando la conciencia estaba en crisis, cuando la vida espiritual estaba en crisis, cuando el sentido del vivir estaba en crisis. Porque entonces, el hombre desamparado en sus soledades no acertaba a entender el mundo que le rodeaba y claudicaba como los demás o, heroicamente, desasía las amarras del próis y se olvidaba de estar viviendo: don Juan Manuel, tantos don Juan Manueles de menor grandeza; o la gran lección de la *Devotio moderna* o los místicos y ascéticos del siglo XIV (Gerardo Groote, Jan van Ruysbroeck, Florencio Radewijns, de Santa Catalina de Siena o de Santa Liduvina de Schiedam).

Este hombre ambicioso, lleno de orgullo, acomodaticio, escribirá con una sobrecogedora belleza:

Me dixo don Johan [...] que aviendo él guerra muy afincada con el rrey de Castiella por muchos tuertos e desonra quel avia fecho, non se guardando dél et aviendo el rrey de su ayuda a los rreys de Aragón et de Portugal [...] et non aviendo don Johan otra ayuda sinon a sí et a sus vasallos [...] dezianle los quel avian de consejar [...] que fiziese alguna pleitesía por que salliese de aquella guera. Et don Johan dizía que fasta que oviese emienda del mal que recibiera et fincase con onra que lo non faría; ca lo quel pasava [...] o que perdía, o quanto mal le benía, que todo era danno o pérdida mas non desonra, et que él se tenía por uno de los que eran para ser muertos, mas non desonrados.

Había llegado a acuñar sus palabras con el mismo troquel que se eternizaban las conductas de los heroes épicos. En la *Chanson de Rolland*, doscientos años atrás, Turolfo había escrito solemnemente: “Melz voeil morir que huntage me venger” (v. 1091).

Y este noble belicoso es el mismo hombre que dirá por boca de Julio, el filósofo cristiano del *Libro de los estados*:



siempre le fallé a don Juan Manuel en grandes guerras, a veces con el rrey de Aragón, et a veces con el rrey de Granada, et a veces con amos. Et agora, quando de allá partí, estava en muy grant guerra con el rrey de Castiella, que solía ser su señor.

Esta es la cara y cruz de una moneda a la que las páginas que comento ilustran con saberes de talante muy diverso.

El libro es un libro que puntea el paso del hombre en ese vivir que es el propio linaje antes del nacimiento (7) y el conocimiento de la muerte real (8) o —acaso— la crónica de la muerte anunciada (9). Entre los trazos opuestos de este paréntesis, se encuentra la incertidumbre de su caminar (relaciones con la Corona de Aragón (10), o su vinculación con Peñafiel (11), sus cacerías por tierras de Sigüenza (12) o el cuidado por los oficios y cancillería en su señorío (13), su noble condición de fundador de pueblos (14), o la menos noble de su natural turbulento (15) y entre esos mismos trazos del paréntesis se encierra, también, la seguridad de sus obras literarias (su formación intelectual (16), la exposición alegórica (17), la bio-

---

(7) DEREK W. LOMAX, *El padre de don Juan Manuel* (pgs. 163-176).

(8) LUIS RUBIO, *La fecha de la muerte de don Juan Manuel* (págs. 32-336).

(9) JEAN GAUTIER-DALCHE, *Alphonse XI a-t-il voulu la mort de don Juan Manuel?* (pgs. 135-147).

(10) REINALDO AYERBE-CHAUX, *Don Juan Manuel y la Corona de Aragón, la realidad política y el ideal de los tratados* (pgs. 17-26).

(11) JOSE LUIS MARTIN, *Don Juan Manuel, fundador del convento de San Juan y San Pablo de Peñafiel* (pgs. 177-185); JULIO VALDEON, *Don Juan Manuel y Peñafiel* (págs. 385-395).

(12) MARIA DE LOS LLANOS MARTINEZ CARRILLO, *El obispado de Sigüenza en el "Libro de la Caza". Un itinerario geográfico* (pgs. 187-197); DENIS MENJOT, *Juan Manuel: auteur cynégétique* (pgs. 199-215). Cfr.: "Et bien vos digo que queria de aquí adelante folgar y caçar et escusar los trabajos e afanes". Con estas palabras de Luca-nor a Petronio podría justificarse una afición que, enmascarada, se atestigua en el *Libro de los Enxiemplos* (edic. Blecua, p. 112).

(13) LOPE PASCUAL MARTINEZ, *Los oficios y la cancillería en el señorío de don Juan Manuel* (pgs. 259-285).

(14) AURELIO PETREL, *Aproximación al estudio de la sociedad en la Mancha albacetense bajo el señorío de don Juan Manuel* (pgs. 287-311).

(15) JUAN TORRES FONTES, *Murcia y don Juan Manuel. Tensiones y conflictos*. (pgs. 353-383).

(16) LUCIANA DE STEFANO, *Don Juan Manuel y el pensamiento medieval* (pgs. 337-351).

(17) BERNARD DARBORD, *Acerca de las técnicas de la expresión alegórica en la obra de don Juan Manuel* (pgs. 51-61).



grafía apasionada (18), el *Lucanor* (19), la tradicionalidad en los relatos (20)).

La galería de posibilidades es muy amplia. A los investigadores les interesa la historia (diez trabajos) y la literatura (nueve), muy poco la lengua (21). Por eso la figura de un noble intelectual, mucho menos el portento de estilo que fue.

Del caballero quedan unas obras que valen más que sus incumplimientos o sus desafueros. Don Juan Manuel es un hombre con luces y sombras, no es el héroe de una pieza —buena o mala— que acuñó la epopeya: es, simplemente, hombre. No practica el estoicismo de los sabios, sino que guarda rencores. Sin embargo, las luces iluminan, también, su noble figura. Filóstrato escribió la vida de Apolonio de Tiana y allí dejó unas líneas que siguen impresionándonos: “a nadie se le ocurrirá el hecho de tomar ciudades como más digno de gloria que reconstruir una sola”, y añadió: “mostrar su valentía librando a su propia patria es mucho más hermoso que reducir una ciudad a esclavitud”. Así es la claridad que acompaña a nuestro personaje: don Juan Manuel desarrolló una “excepcional actividad colonizadora”, pues se dice en uno de estos trabajos “que de su época data el nacimiento o la resurrección de casi una docena de los mayores pueblos de la actual provincia de Albacete, como Villarrobledo, La Roda, Minaya, La Gineta, Albacete, Almansa, Jorquera, Alcalá del Júcar, Tobarra, Hellín o Montealegre” (22). Esto fue “librar a su patria” de la esclavitud que producen la miseria y el vicio, y tras crear, unió lo que

---

(18) FRANCISCO JAVIER DIEZ DE REVENGA, *El "Libro de las Armas" de don Juan Manuel: algo más que un libro de Historia* (pgs. 103-116), JOAQUÍN GIMENO, *El "Libro de los Estados" de don Juan Manuel: Composición y significado* (pgs. 149-161), GERMAN ORDUNA, *La autobiografía literaria de don Juan Manuel* (pgs. 245-258).

(19) MARIANO BAQUERO, *Perspectivismo en "El Conde Lucanor"* (pgs. 27-50), ANGEL DIAZ ARENAS, *Intento de análisis estructural del 'Exemplo XVII' de 'El Conde Lucanor'* (pgs. 89-102).

(20) ALAN DEYERMOND, *Cuentos orientales y estructura formal en el Libro de las Tres Razones (Libro de las Armas)* (pgs. 75-87). Téngase en cuenta también el libro de REINALDO AYERBE-CHAUX, *El Conde Lucanor. Materia tradicional y originalidad creadora*. Madrid, 1975.

(21) Sólo hay tres estudios lingüísticos: FRANCISCO ABAD, *Lugar de don Juan Manuel en la historia de la lengua* (pgs. 9-15); JOHN ENGLAND, “Ser” and “aver” with the Past Participles of Intransitive Verbs in the Works of don Juan Manuel (pgs. 117-133); JOSE MUÑOZ GARRIGOS, *La adversión exclusiva con 'sino' y 'mas' en el Conde Lucanor* (pgs. 227-243). Carácter lexicográfico, pero en relación con la literatura (diríamos filología), tiene el estudio de JOSE ROMERA, *Don Juan Manuel ("El Conde Lucanor") autoridad en el "Tesoro" de Covarrubias* (pgs. 313-324).

(22) A. PRETEL, *La sociedad en la Mancha albacetense*, en este volumen, p. 291.



no eran sino retazos aislados, fraguó solidaridades y conciencia de libertad defendiendo los derechos de sus vasallos. Era una culminación que se inició en el propio linaje: su padre, el infante don Manuel, no recibió otra herencia de San Fernando que "la espada lobera"; después, la afección de Alfonso el Sabio le permitió legar un patrimonio bien granado. Este infante don Manuel "parece un hombre bastante gris" en las páginas de la historia; más aún, no debieron faltarle enemigos que hicieron escarnio de su conducta. Pienso —y traigo a colación las cosas porque han sido silenciadas— en Pero da Ponte, que escribe un planto burlesco a la muerte de don Martín Marcos. Pero lo que nos lega es una sátira contra el infante don Manuel: si con don Martín Marcos han desaparecido no pocos males, aún queda alguien que —por su necedad— lo podrá hacer bueno. Dice el texto:

*Esta cantiga fez Pero da Ponte ao ynfante don Manuel que se comença: "E morto don Martín Marcos", et na obra segunda o poden de entender (23).*

Morté don Martin Marcus! Ay Deus, se é verdade!  
Sey ca, se el é morto, morta é torpidade,  
morta é bavequya e morta neycidade,  
morta é covardia e morta é maldade.  
Se don Martinh'é morto, seu prez e seu bondade,  
ôy mays, maos costumes, outro senhor catade;  
mays nono acharedes de Roma atá cidade:  
Se tal senhor queredes, alhu'—lo demandade.  
que vos ajudari'a tolher d'el soydade;  
Pero hun cavaleyro seo eu, par caridade,  
mays per que vos eu diga ende ven a verdade:  
non est rey, nen conde, mays é-x'outra podestade,  
que non direy, que direy, que non direy (24).

---

(23) C. ALVAR y V. BELTRAN, *Antología de la lírica gallego-portuguesa*. Edit. Alhambra, Madrid, 1983. En este libro se tratan los problemas bibliográficos y de interpretación que suscita la cantiga.

(24) "¡Ha muerto don Martín Marcos! ¡Ay Dios que sea verdad! / Sé que, si ha muerto, habrá muerto la torpeza, / habrán muerto la estupidez y la necedad, / habrá muerto la cobardía y muerta estará la maldad. // Si don Martincito ha muerto sin honra y sin bondad, / de hoy en adelante, malas costumbres, mirad hacia otro señor, / aunque no lo encontraréis de Roma hasta aquí; / si un tal señor pretendéis, idlo a buscar a otro sitio // Pero, por caridad, yo conozco un caballero / que os ayudará a echarlo en falta; / os lo voy a describir bien: / no es rey, ni conde, aunque posee otro título, / que no diré, que diré, que no diré..."



Pero, a pesar de esta faz negativa (y no podemos saber si justa), su hijo don Juan Manuel lo hace ser "un Príncipe honrado con el que se puede contrastar la bajeza moral de Alfonso X" (25). Derek Lomax llega a unas conclusiones que no sé si permiten una valoración negativa: "[don Manuel] legó a su hijo una riqueza y un poderío acumulados a través de treinta años prudentes (¿apolíticos?), una mesnada de vasallos, unas tradiciones orales, históricas y literarias, y una madre italiana cuya influencia sobre el gran escritor un día tendrá que calibrarse" (p. 176). El legado no es pequeño, y estaríamos propicios a aceptar el recuerdo del hijo. Creo que tras esa herencia había un mandato que cumplir: la dignificación del nombre y el acrecentamiento del patrimonio. Demasiado para que el creador del linaje fuera un hombre gris y, si lo fue, el hijo lo modificó como en la nobleza china: no hacia el futuro, sino dignificando su pasado. Y en el padre estaban ya las aguatinas de un solo color que encontramos en nuestro personaje, que las acrecentó: con un orgullo que aprendió en la vida familiar y con una ambición que fue el paradigma de la existencia paterna.

Porque el huérfano desde los dieciocho meses (26), aprendió el conocimiento de su linaje por más que el padre no pudiera dárselo, pero que él intuyó en unas recordadas líneas:

Et digo vos que me dixo don Johan, aquel mio amigo de que yo vos fable, quel dixiera la condesa su madre que por que ella non avia otro fijo sinon a él, et porque lo amava mucho, que por vn grant tiempo non consintiera que mamase otra leche sinon la suya misma (27).

Y, al transmitir la herencia, recibida y acrecentada, sus palabras tienen la existencia de los mandatos:

Et segund el estado, que mantouo el infante don Manuel, vuestro abuelo, e don Alfonso, su fijo, que era su heredero, e yo despues que don Alfonso murio e finque yo heredero en su lugar, nunca se falló que infante, nin su fijo, nin su nieto tal estado

---

(25) D. LOMAX, *El padre de don Juan Manuel*, en este volumen, p. 175.

(26) "Quando mio padre murio non auia yo mas de vn año e ocho meses" (*Libro de las armas*, edic. Giménez Soler, p. 686).

(27) *Libro de los estados*, edic. José Manuel Blecua, *Obras Completas*. Madrid, 1982, t. I, p. 323.



mantouiesen como nos tenemos mantenido. Et mandovos e consejos que este estado leuedes adelante (28).

Sí, don Juan Manuel, nos ha dado una visión del padre distinta de la que otras fuentes nos atestiguan. Acaso ninguna de las dos sea excluyente de la otra, sino complementaria, pero lo que nos hace actuar en la vida no es la Verdad, sino lo que entendemos por nuestra verdad, y don Juan Manuel fue fiel a la imagen que recibió o que él mismo inventó para justificarlas de cara a un futuro que no podría intuir, pero al que quería condicionar. En literatura se habla de "expresión alegórica" (29).

Esta es la faz de un hombre seguro de sí mismo y que enmascara su ambición tras la dignidad de la estirpe. Germán Orduna —desde la vertiente literaria— llega a conclusiones harto parecidas: "[don Juan Manuel es] un creador atípico en las letras de su tiempo. No porque hubiera en Castilla personalidades tan fuertes y tan ricas como la suya [...], sino porque ninguna llegó a manifestarse literariamente [...] con el rotundo gesto de individualidad con que don Juan Manuel lo ha hecho" (30). Sí, es un hombre atípico por lo complejos que son sus laberintos interiores y porque, hacia el mundo exterior, nadie cuidó tanto de mantener sin tacha la imagen que de sí mismo había forjado. Y esto, que es vida, y por tanto historia, es también literatura (31). Cualquier estudiante sabía decorar aquellas palabras del *Prólogo general* a sus obras:

Et ruego a todos los que leyeren cualquier de los libros que yo fiz, que, si fallaran alguna razón mal dicha, que non pongan aa mí la culpa fasta que vean este volumen que yo mismo concerté.

Pero, aquellos doce libros que depositó en el convento de los dominicos de Peñafiel, se han perdido, como se perdieron las honores allegadas con tanto trabajo. Este hombre era una excepción ("pienso que es mejor pasar el tiempo en fazer libros que en jugar los dados o fazer otras viles cosas"),

(28) *Libro infimido*, edic. Blecua, Granada, 1952. p. 37.

(29) Cfr. B. DARBORD, *Acerca de las técnicas de la expresión alegórica en la obra de D. Juan Manuel*, trabajo incluido en este volumen (pgs. 51-61).

(30) *La autobiografía literaria de don Juan Manuel*, en este volumen, p. 246.

(31) José Romera Castillo ha visto bien cómo el escritor intentó librarse de la antinomia haciendo que la riqueza sea un instrumento para salvar el alma (*Estudios sobre "El Conde Lucanor"*. Madrid, 1980, p. 25).





una excepción para su tiempo y, también, para el nuestro. Pero tenía una fe que acaso nos falta: creía en la duración de las obras terrenas, llamémoslas posesiones u obras literarias. Era un gesto que debemos agradecerle y que hacen de nuestro narrador un ejemplo bien claro de individualismo consciente. Pensemos, si no, en otro nombre egregio: Juan Ruiz. El Arcipreste lo ha dicho en un texto no menos recordado que los del caballero:

Qualquier omne que l'oya,            si bien trobar sopiere,  
puede í más añedir            e emendar si quisiere:  
ande de mano en mano            a quienquier que l' pediere  
como pella a las dueñas:            tómelo quien podiere (32).

Bastaría comparar ejemplos coincidentes en ambos escritores, como los de la golondrina que vio sembrar el lino, del raposo que se hizo el muerto o del hombre que se hizo amigo y vasallo del diablo. Don Juan Manuel (33) adopta un aire suasorio de maestro que aconseja, su lógica procede gradualmente y, si cuadra, recomienda conductas acomodaticias; frente a él, Juan Ruiz procede con pinceladas impresionistas, se olvida del arrepentimiento porque no pretende moralizar o, desinteresado de gradaciones, intenta hacer romper nuestra seriedad en una risa abierta. No puedo detenerme en estos motivos; sí dejar apuntadas las muchas diferencias que sirven para caracterizar a cada uno de estos estilos, porque tras ellos hay hombres bien distintos. El estilo es el hombre porque cada hombre es el creador de su propio estilo.

Don Juan Manuel intuyó algo que en su tiempo no se practicaba: la crítica textual. A Juan Ruiz (34) poco le interesaba la suerte de su libro; a él, mucho. Si el códice de Peñafiel se hubiera salvado, hubiera librado no pocos quebraderos de cabeza a algún investigador ejemplar (35), pero esto ya no tiene remedio. Lo que resulta admirable es su capacidad de intuición: un caballero de Perpiñán era gran trovador; hizo una muy buena cantiga que, además, tenía hermosa música, pero un día oyó que un zapatero decía la canción, tan errada en sus palabras y en el son, que, enojándose, destrozó los zapatos del menestral. Fueron al rey y cada uno se querelló

(32) *Libro de Buen Amor*, edic. J. Corominas. Madrid, 1973. estrofa 1629.

(33) *Lucanor*, Edic. Blecua (2.<sup>a</sup> edic.) Madrid, 1971, páginas 81-83, 171-173 y 222-227.

(34) *Buen Amor*. estrofas 746-753, 1412-1419 y 1454-1475.

(35) Vid. ALBERTO BLECUA, *La transmisión textual de "El Conde Lucanor"*. Barcelona, 1980.



del desaguizado ajeno: el trovador, por su cantiga; el zapatero, por sus zapatos. Salomón no hubiera resuelto mejor el pleito: el rey pagó el calzado deteriorado, pero prohibió cantar al oficial, y al caballero se le pidió que no molestara más al artesano (36). Don Juan Manuel resultó zahorí de sí mismo y ahora estamos reunidos aquí, porque debemos rendirle justicia.

El libro que estoy comentando viene a salvar el descuido de estos hombres, y enlaza la creación literaria con el quehacer del señor. Este noble tan cuidadoso de su dignidad, también se preocupó por la ajena. No es poco su tolerancia con moros y judíos, pero es mucho más lo que dice en el capítulo IX del *Libro Infinito*:

Et digovos tanto, que entre muchas mercedes que me Dios fizo, que tengo que me ha fecho esta: ca tales son los varallos e amigos e criados que yo he, e así he probado, que muy pocos ha en el mundo porque canbease ninguno dellos.

La fidelidad fue más que una exigencia señorial, fue un manadero de comunicaciones. Y si, políticamente, protegió a sus vasallos, no vamos a creer que nada supo de ellos. Ahí está su testimonio: "digovos que oí dezir a mi madre [...] et a otros muchos cavalleros et ofiçiales" (37). *Ofiçial* como dijo Covarrubias es "el que ejercita algún oficio"; es decir ocupación opuesta a la de caballero: lógicamente, don Juan Manuel escucharía las voces de su casa, las escuchó, pero también al "montero de mio padre [...] et a otros". Nada extraño que oyera noticias históricas o vividas para componer sus libros, pero cierto también que los consejos, ejemplos y razones le llegaron no sólo a través de los libros, sino por medio de tradición oral (38). En estas páginas, Deyermond insiste en el valor folklórico de algunas fuentes (págs. 77-78), aunque algunas de estas referencias puedan no ser motivos folklóricos, según el juicio de Díez de Revenga (p. 109). Tal vez no sean opiniones irreductibles: el caballero en sus insomnios leía, según nos dice en la dedicatoria del *Libro del cavallero et del*

---

(36) *Prólogo General*, apud *Obras Completas*, edic. Bleuca, t. I. p. 32.

(37) La transmisión oral se estudia en algunos aspectos por Deyermond (pgs. 75-87), en este mismo libro.

(38) Cfr. MARIA ROSA LIDA DE MALKIEL, *Los refranes en las obras de don Juan Manuel*, apud *Estudios de literatura española y comparada*. Buenos Aires, 1966, páginas 103-111.



*escudero*; pero, también nos lo ha contado, muchas veces atendía a las noticias orales. Bien pudo —y es mi juicio— tratar literariamente motivos tradicionales o recoger de textos escritos motivos nacidos en la transmisión oral, e incluso nacidos en países bien distantes de Castilla.

Ya aquí los problemas de las estructuras de sus relatos son problemas que pertenecen, sólo, a su arte de escritor y desentrañar el orden de las estructuras, el funcionamiento de los elementos que las constituyen o el perspectivismo y relatividad del relato no son méritos sin valor en tratados de los que en estas páginas se encierran. Mariano Baquero ha acuñado (p. 40) una fórmula que es válida en el arte de don Juan Manuel: *ser y parecer*, pero la ecuación de estos miembros se desarrollará sutilmente en nuestra literatura, hasta convertirse en “eje y sustancia del *Quijote* cervantino”. He aquí que se nos vienen a hermanar literatura y vida en esta figura singular y problemática: llena de medievalismo, porque medieval es su cultura y la sociedad en la que vive; humana por expresión de una humanidad en la que encontramos amor por la propia obra, decoro por su conducta, cuidado por salvar —no importa en qué planos— la herencia que recibe y el legado que transmite. Para Germán Orduna, su orgullo herido hizo que separara los moldes y cánones literarios e irrumpiera en la literatura, con ímpetu original, el primer perfil moderno de las letras medievales (p. 258).

La lectura del *Don Juan Manuel, VII Centenario* me ha dado doctrina y sobre ella he querido pensar. Don Juan Manuel nos ha sido rescatado o, al menos, parcialmente rescatado. No se han agotado el político, el escritor y, mucho menos, el creador de un instrumento lingüístico. Pero ya sabemos cosas que antes ignorábamos y se han abierto nuevos caminos. No es poco mérito, aunque también quepa el disentiimiento a veces o nos duela el mal español que se escribe algunas. Esto es lo que debe cargar en el *debe* de esta o aquella columna; el *haber*, inmenso haber, es la capacidad de aunar voluntades, crear sentimientos solidarios y laborar para que esta obra sea ya una realidad. Quienes convocaron tienen no escaso mérito y la Universidad de Murcia y la Academia Alfonso X el Sabio, han cumplido, ejemplarmente, con una responsabilidad que se impusieron. Porque crear ciencia es una, sin duda, la más noble, de las misiones de la universidad y de las academias. Si así no fuera, usaríamos abusivamente unos de los más honrosos nombres de nuestro diccionario.



Y, al elogiar a los demás, me asalta la zozobra de mi quehacer. El profesor Torres Fontes me invitó y yo no pude llegar; el Prof. Torres Fontes —¡ay la repoblación aragonesa de Murcia!— me llamó para que presentara el libro. Tan tarde quise cumplir con su solicitud, y aprendí de tantos trabajos como he leído. Sean estas cuartillas mi homenaje a don Juan Manuel, mi homenaje a los investigadores que le han dedicado sus desvelos, mi homenaje a la Universidad de Murcia y a la Academia Alfonso X el Sabio que —sin motivos— me han honrado al llamarme, hoy, entre vosotros.

